



por Luis Luque

VOLUNTARIADO FAMILIAR: LOS CHICOS NOS OBSERVAN

Implicarse en labores de voluntariado con los hijos puede ayudarlos a salir del yo y abrirse al mundo.

Tania, su esposo y su hijo de ocho años viven en Melilla, y todos los sábados tienen algo edificante que hacer con la “tropa” que han ido formando con siete niños musulmanes de su barrio del Tesorillo. Toca excursión: a la playa, al museo, a pescar, a un campeonato de *parkour*, a comer hamburguesas *halal*... Sí, los muchachos –de entre 8 y 10 años– tienen padres, pero estos se pasan el día ocupados y los pequeños solían permanecer en la calle hasta tarde.

Salir a pasear con esta familia, en cambio, les ha llenado las horas de contenido, de incentivos para crecer humanamente. “Para ellos es una ilusión –nos cuenta Tania–, porque el que salga mal en los exámenes no viene; el que se porte mal, no va a la próxima”. El grupo funciona bien, y los chicos ganan nociones de urbanidad, de buena conducta social: “El pasado fin de semana la playa estaba llena de plásticos, y sin que les dijera nada, lo recogieron todo y nos bañamos después”.

De este voluntariado del afecto también toma buena nota el hijo de Tania, de ocho años: “Para él es fenomenal, pues después del confinamiento quedó muy retraído, muy callado. Ahora comparte



con niños de una cultura diferente a la suya. Le he transmitido el placer que resulta de ayudar a los demás, de regalar algo. Se lo he contagiado, y estoy muy satisfecha”.

Del retraimiento, del refugio en el yo, ha pasado a la expansividad. Es el fruto de dar, de darse. En el blog del Institute for Family Studies, la psicóloga estadounidense Erica Komisar subraya el beneficio que suponen las actividades de voluntariado no solo para el que es destinatario del bien, sino para el que lo procura. “Dar [algo] a desconocidos es una experiencia fundamental para el desarrollo de la moralidad, el carácter y la empatía”, asegura, y añade que revierte positivamente, además, en la salud mental del que dona o se dona.

Komisar subraya, además, la importancia de “ayudar juntos”, en familia. Servir unidos –dice a los padres– “puede ser un bálsamo contra la dureza, la insensibilidad y el egoísmo del mundo, y es también clave no solo para la salud mental de sus hijos, sino para la suya propia”.

Padres, hijos, equipo

Se sabe: los niños observan e imitan, y el ejercicio del voluntariado se presta para comprobarlo una y otra vez.

En 2003, un estudio publicado por el Center for Urban Policy and the Environ-

ment, de la Purdue University (EE.UU.), recogía las opiniones de familias que se implicaban al completo en estas actividades. “Cuando se les preguntó por qué hacían voluntariado juntos, los adultos dijeron hacerlo para presentar un buen modelo y transmitir valores [a sus hijos], además de por divertirse, por compartir tiempo de calidad, y por razones religiosas”. Los chicos también identificaron todos los motivos anteriores, excepto el de ser ellos mismos modelos de valores.

En cuanto a beneficios, los padres observaron uno crucial: que los menores comenzaron a enfocarse en las necesidades de alguien diferente de ellos. Notaron “un cambio en la actitud de sus hijos hacia los demás”, así como que se llevaban mejor con sus compañeros y se daban cuenta de que se necesitaban unos a otros para tener éxito. Además, celebraron que, a raíz del voluntariado, padres e hijos se habían convertido “más en un equipo”.

Por otra parte, en una época en que la enfermedad y la muerte se difuminan entre la ficción de una “ya cercana” trascendencia transhumanista y un falso pudor para no lastimar ni traumatizar a nadie, el peligro de ignorar estas realidades pasa por dejar a los más jóvenes sin herramientas para actuar ante situaciones que, más tarde o más temprano, inevitablemente, deberán afrontar.

“Cuando nos privamos a nosotros o a nuestros hijos de estar en contacto con quienes sufren necesidad y dolor, nos privamos, y también a ellos, de la rica experiencia de la conectividad humana”, dice Komisar.

Servir unidos “puede ser un bálsamo contra la dureza, la insensibilidad y el egoísmo del mundo”



por Gregorio Luri

LA AUTORIDAD EN TIEMPOS EMOTIVOS

El niño necesita padres y maestros con autoridad para combatir sus errores e inseguridades.

La autoridad no está de moda. Eso no significa que no la necesitemos, sino que no es de buen tono reivindicarla, no vaya a parecer que somos autoritarios. Lo que de verdad nos gustaría es ser obedecidos... sin necesidad de mandar.

El periodista británico John Langdon-Davis cuenta en su *Behind the Spanish Barricades* que los anarquistas españoles de los años treinta eran partidarios de sustituir su odiada coacción por “la persuasión forzosa”; por eso, aunque renegaban de la disciplina, exigían “una mejor organización de la indisciplina”.

“Maestra, ¿tenemos que hacer hoy, otra vez, lo que queramos?”, le preguntaba en una ocasión una alumna a una profesora decidida a imponer la no directividad, porque era partidaria de respetar el supuesto derecho del niño a conquistar la felicidad por medio de su libertad.

Quienes critican tanto la disciplina de la contención como las rutinas impuestas, suelen creer que hay algo así como una disciplina auténtica que brota espontáneamente del alma de quien reflexiona autónomamente sobre sí mismo. Deberían observar un poco más de cerca la realidad, porque la contención puede expresar un autodominio loable en una persona de cualquier edad, y las rutinas (higiénicas, alimentarias, de sueño, etc.) contribuyen a la estabilidad psíquica y emocional del niño, al proporcionarle experiencias de orden contra el caos.

He decidido escribir sobre estas



cuestiones tras recibir el regalo que me ha hecho una amiga francesa. Se trata de su cuaderno escolar de cuando tenía once años, en el curso 1959-1960. En la primera página me he encontrado con el siguiente texto escrito con magnífica caligrafía: “La escuela desarrolla nuestra inteligencia, forma nuestra conciencia y nuestro carácter y hace de nosotros hombres de bien”. Después, al pasar las páginas, me he encontrado con perlas como estas:

“Hay que hacer cada día un esfuerzo para ser un poco mejor que el día anterior. Coraje”.

“Vete a donde quieras, que allí te encontrarás con tu conciencia”.

“El bien no tiene siempre recompensa. Hay que hacer el bien por el bien, no por la recompensa”.

“Todo en la vida está sujeto a deberes. Serles fiel: aquí está el honor. No respetarlos: aquí está la vergüenza”.

Podemos pensar que esta es una retórica caducada, propia de otros tiempos más austeros, pero las pruebas internacionales constatan que los mejores resultados escolares los obtienen los niños que acuden a lo que una de estas pruebas (PIRLS 2016) denomina “Safe Schools”, es decir, escuelas sin problemas de disciplina. Además, los mejores lectores, sea el que sea el país que consideremos, van a escuelas en las que los profesores enfatizan el éxito académico.

Suelo defender la importancia de la autoridad familiar con tres razones elementales:

1. El niño necesita aliados fuertes para luchar contra los monstruos que hay siempre debajo de la cama.
2. Lo que forma al niño es la elevación de su mirada hacia los ojos de sus padres, no al revés.
3. El niño posee de manera natural

mucha más energía que sentido común para controlarla, por lo cual, si alguien tiene que suplir con su sentido común las carencias del niño, es el adulto.

Las tres razones me sirven también para defender la autoridad en la escuela:

1. El alumno necesita aliados fuertes para combatir sus errores e inseguridades.
2. El alumno necesita para formarse que alguien que merezca su respeto le ayude a visibilizar de manera creíble lo mejor que puede llegar a ser.
3. El profesor necesita dosis ingentes de sentido común para suplir las carencias no de un niño, sino de los muchos niños que tiene en clase.

“Cansados” de ser adultos

Las épocas en las que lo viejo se resiste a morir y lo nuevo se resiste a nacer son las propicias para las crisis de autoridad. Las figuras de autoridad tradicionales parecen haber agotado su capacidad para hacerse respetar y ya no pueden actuar como guías, pero aún no han aparecido nuevas figuras orientadoras. En estos momentos se corre el peligro de caer en un escepticismo generalizado. Posiblemente nos encontramos en uno de ellos, ya que hasta el mismo concepto de adulto parece haber entrado en crisis.

Un adulto era –hasta hace relativamente poco tiempo– un ser humano que, por su experiencia y sentido común acumulado (que incluía el hecho de haber pasado por su propia infancia), tenía respuestas para tranquilizar las inquietudes del niño. El niño reconocía en el adulto espontáneamente una capacidad mayor que la suya para diferenciar lo grande de lo pequeño, lo bueno de lo malo, lo seguro de lo peligroso, lo bello de lo feo, lo conveniente de lo vergonzoso, etc. Estos adultos

poseían el secreto de la autoridad que, en definitiva, consiste en no defraudar.

Me da la sensación de que hoy los adultos hemos perdido autoridad ante los niños porque nos hemos cansado de ser adultos, o sea, de dar la tabarra, y preferimos elogiar indiscriminadamente todo cuanto hacen los niños, con esfuerzo o sin esfuerzo, cosa que, desde luego, es menos desagradable. El precio a pagar por la elección de lo fácil es que los niños encuentran en nosotros una mirada rutinariamente complaciente. Intentamos ofrecerles un mundo acolchado, de ludoteca, sin aristas, sin dificultades contra las que puedan tropezar y, por lo tanto, con las que puedan medirse a sí mismos. En vez de dirigir altas expectativas a nuestros niños, dirigimos bajas expectativas al mundo.

¿A dónde pueden acudir unos niños educados en el relativismo y la autoestima en busca de respuestas importantes?

La formación del carácter ha sido sustituida por una cultura de la emotividad, que no ponga en riesgo la autoestima del niño y que, al contrario, le ayude a sentirse bien consigo mismo. A mí la creciente incontinencia emocional me hace anhelar la contención y considero que, más noble que la empatía, es el deber de ayudar al que te resulta incomprendible, pero necesita que le tiendas la mano.

El giro emocional que está experimentando la educación es un giro orbital de los adultos alrededor del frágil y del niño. Por eso me cuesta cada vez más esfuerzo convencer a los que me quieren escuchar de que el conocimiento riguroso posee el valor de una experiencia moral. La comprensión de un problema geométrico, por ejemplo, nos permite descubrir una verdad eterna, admirable, ante la cual no soy el medidor, sino el medido. En la escuela, la razón común enmudece ante las opiniones, competencias, emociones y, en suma, ante el yo del niño. Pero sigo creyendo que la mejor manera de cuidar de nuestra alma es proporcionándole experiencias de orden, comenzando por conocimientos rigurosos. Sigo creyendo también que en el mismo concepto de razón va implícita la idea de jerarquía y que por eso un pensamiento riguroso es más valioso que una opinión, por mucho que sea mía.

Ver artículo completo en www.aceprensa.com

LIBROS



RELACIONARTE

Nacho Tornel



por **Álvaro Lucas**

Sin duda alguna era necesaria esta segunda entrega de Nacho Tornel, mediador familiar y experto en resolución de conflictos en la pareja. Después de *Enparejarte*, libro en el que sobre todo profundizaba en aquello que hace que una pareja pueda conectar desde lo más epidérmico hasta lo más espiritual, llega ahora *Relacionarte*. En esta nueva entrega, propone un viaje desde dentro hacia afuera por los distintos círculos concéntricos que rodean a la pareja: hijos, amigos, familia extensa, trabajo...

Con una mirada amable, pero también franca, Tornel comparte su experiencia a través de decenas de historias que ilustran las dificultades que encuentra una pareja. Son historias muy cercanas, protagonizadas sobre todo por personas que desean quererse y hacer las cosas bien; de ahí que acudan a la consulta de un experto. El desconcierto que produce la llegada de un hijo puede ser lógico si se tiene en cuenta que de la teoría a la práctica hay una distancia importante. No es difícil, por otro lado, que un matrimonio pierda de vista que cuidar su relación es lo mejor que puede hacer por sus hijos. Nada hay que no pueda solucionarse si crecer juntos y unidos es la principal actitud.

Planeta.
Barcelona (2023).
224 págs.
17,90 € (papel) / 7,99 € (digital).

CINE PARA VER EN CASA



EL PEOR VECINO DEL MUNDO

Director: Marc Forster.
Guionista: David Magee.
Intérpretes: Tom Hanks, Mariana Treviño, Rachel Keller.
126 min.
Jóvenes-adultos.
Movistar+, Rakuten TV.

Con mínimos cambios para adaptar el guion a EE.UU., incluida una concesión a la ideología reinante en un papel bastante secundario, este *remake* de *Un hombre llamado Ove* logra acercar al espectador la personalidad del protagonista, gracias a la siempre convincente interpretación de Tom Hanks como pedante gruñón ocupado en controlar "su" urbanización. El filme trata, con un liviano tono de comedia, cuestiones de gran calado, como la reconciliación –comenzando por uno mismo–, la amistad y el ocuparse de los demás, factores que dan sentido a la vida.

EL GATO CON BOTAS: EL ÚLTIMO DESEO

Directores: Januel Mercado, Joel Crawford.
Guionistas: Paul Fisher, Tom Wheeler, Tommy Swerdlow.
Animación.
100 min.
Todos.
Movistar+, Rakuten TV.

Acertada mezcla de temas clásicos y modernos, divertida, marchosa y profunda. Por una parte, tenemos una formidable historia de aventuras, disparatada, apropiada para todos los públicos. La acción es trepidante, los personajes, un encanto, y los enemigos son muy malos. La animación es irreprochable. Las voces, en particular la de Antonio Banderas, hacen mucho por la historia. Probablemente, Perrault habría dado el visto bueno a esta singular adaptación del cuento.

Ver críticas completas en www.aceprensa.com



por *Diego Peralta*

LA URGENTE NECESIDAD DE EDUCACIÓN AFECTIVO-SEXUAL EN MENORES

El aumento de agresiones sexuales cometidas por menores muestra los riesgos del consumo precoz de pornografía.

El aumento de agresiones sexuales cometidas por menores en España ha puesto de relieve la existencia de un problema de educación. Dos expertos en este ámbito, María Álvarez de las Asturias y Jokin de Irala, hablan de la importancia de la formación afectivo-sexual y del papel que corresponde a los padres.

Muchas voces vinculan el aumento de este tipo de conductas al consumo de pornografía, que cada vez se produce a una edad más temprana. Ya existen datos que afirman que algunos niños se introducen en este tipo de contenidos por primera vez antes de los 12 años. Además, cuando se ha comenzado a verla desde edades tempranas, la pornografía será la que determine su visión de la sexualidad durante los años más importantes del desarrollo.

Jokin de Irala, médico y experto en temas de sexualidad, explica que, “como los adolescentes tienen un cerebro inmaduro, con el sistema límbico (el encargado de buscar recompensas) más desarrollado que la corteza prefrontal (la parte racional), sumado a la tendencia a experimentar cosas nuevas y el acceso a páginas web porno donde la violación está por todas partes, no es tan sorprendente que algunos intenten imitarlas”.

De Irala defiende que no podemos caer en la trampa de argumentos como el



uso recreacional del porno o la libertad de elección, que son algunos de los más usados por aquellos que quieren blanquear la industria. “En menores no hay dosis sana de consumo de pornografía, por la vulnerabilidad de su sistema nervioso central en desarrollo. Hay que encontrar la manera de prohibir el consumo en menores por razones de salud pública”. En este sentido anima a los padres a no ser ingenuos con sus hijos, regalándoles móviles con acceso a internet demasiado pronto –muchas veces incluso a los 8 años– y sin filtro de contenidos.

El experto señala que estamos ante un claro caso de emergencia de salud pública, más grave si cabe por tratarse de menores a los que la industria del porno empuja al consumo sin ellos buscarlo en muchas ocasiones: “¿Cómo es posible que un menor no pueda pedirse un vino en un bar, pero reciba, sin buscarlo ni quererlo, una imagen pornográfica? Esto es un abuso afectivo en toda regla. En la era del ‘sí es sí’ y el consentimiento, es intolerable que un menor de edad se encuentre el porno sin quererlo, sin decir que sí”.

Por ello propone que se asuma la educación del carácter y en las virtudes cuando son más pequeños, ya que “fortalecer el carácter es permitir que un joven se convierta en un adulto sexualmente maduro y paciente, con dominio sobre sí mismo y no en alguien incapaz de no dar rienda suelta a sus deseos inmediatos”. También es necesaria la educación en la belleza, la amistad, el enamoramiento, la sexualidad y el cuidado de las personas.

Los padres: recibir y dar formación

María Álvarez de las Asturias, educadora en temas de afectividad y acompañamiento a matrimonios y novios, subraya la importancia de que se impartan buenos programas de formación afectivo-

sexual en los centros educativos, con contenidos que se correspondan con la verdad del hombre, varón y mujer, y alejados de la ideología.

De Irala ve muy necesario que los padres sean capaces de adelantarse y “proponer conversaciones en positivo, antes de que los niños lleguen a casa preguntando por cosas que han oído en el colegio, en una película o en un grupo de amigos, y los padres se vean obligados a responder a la defensiva estas preguntas, convirtiéndolas en un tema que perciben como negativo y del que es mejor no hablar, cuando la realidad es precisamente la contraria”, afirma.

En algunas familias el sexo puede ser un tema tabú, y los padres muchas veces no hablan de ello de manera natural, por lo que es importante que se nutran de todos los buenos materiales e iniciativas que hay sobre esta materia: libros, cursos, webs, etc. Por ejemplo, Álvarez de las Asturias recomienda el curso *Aprendamos a amar*, de la Fundación Desarrollo y Persona, y el trabajo que hace Nieves González Rico desde esta misma institución. Otra iniciativa recomendada y que se ha puesto en marcha recientemente es el proyecto www.soyinfinity.com, promovido por la Universidad de Navarra, en el que expertos de diferentes ámbitos elaboran materiales didácticos, cursos de formación y contenidos de divulgación.

La educadora explica que cuesta que la gente de determinados ámbitos vea la necesidad de dedicar tiempo a formarse en este tema: “En mi experiencia he visto que, en las personas que, *a priori*, deberían estar más interesadas en esta formación, hay una resistencia a recibirla, porque no la consideran necesaria para ellas ni para sus hijos. Se va dejando y no se llega a atajar. No sólo es para los hijos, sino que también influirá para bien en el amor y el conocimiento de los esposos”.

Ver artículo completo en www.acepresa.com